

**Pregón de la función al Santo Patrón
San Benito Abad**

El Cerro de Andévalo, mayo de 1995

(Año del Cuarto Centenario de la fundación de la
Hermandad del Bienaventurado Señor San Benito Abad)

José Rico Romero

Buenas noches a todos: Visitantes, cerreños y presentes y a los que se encuentran siguiéndonos por el vídeo local.

Continuando la normativa anual, este año me corresponde presentar al pregonero de la Romería en honor a nuestro Patrón San Benito Abad.

Presentar a alguien que es de los amigos íntimos que te quedan de tu lejana infancia, te da gran posibilidad de extenderte sobre él, porque su vivir coincide bastante con el tuyo, pero esta noche no me debo extender porque es a él a quien corresponde hacerlo. No obstante, para los que no sea conocido, quiero hacerles una brevísima síntesis del pregonero.

Recordando pasados años, me atrevo a comparar a nuestro pregonero, por la similitud que yo le encuentro, con el río Guadiana: Un día del año 1947 nace, transcurre su vida con toda normalidad en El Cerro, asistiendo a las clases primarias con nuestro querido D. Juan Borrero y debe irse a Huelva para comenzar el bachiller en el Colegio Menor (aquí se introduce como el río, poco a poco, en tierra y casi desaparece de la superficie cerreña), sigue con su carrera de Magisterio y su gran pasión: el baloncesto en el Gil Martín, donde cosecha éxitos (se sumergió totalmente); se trasladan sus queridos padres a Huelva, se casa con Rocío y nacen sus dos preciosas hijas Isabel y Rocío.

Sus raíces comienzan a empujar y vuelve de nuevo a El Cerro con toda su pujanza (el río irrumpe a la superficie con su gran caudal), como queriendo recuperar el tiempo de ausencia. Muestra de ello es el magnífico trabajo que nos ha legado a todos los sambeniteros en su libro “Hermandad de San Benito Abad”, de lectura obligada a todos los que deseen saber sobre nuestro pasado.

Ser pregonero de la Romería de San Benito es un gran honor para todo cerreño y si a ello le agregamos que el mayordomo es primo hermano del pregonero, me hace pensar que lo que nos va a decir esta noche Pepe Rico debe ser sumamente interesante y emotivo.

Adelante querido amigo.

Pablo Domingo Gil Borrero

Introducción

Gracias, amigo Pablo, por tus palabras de afecto que recibo con verdadera e íntima satisfacción. La infancia se reencuentra en las circunstancias más insospechadas de la vida de cada cual y ahora mismo no me importaría verme con una banda de pitañas cruzada en el pecho y un precioso caballo de calcetín viejo al que sujetábamos con fuerza las bridas, no fuera acaso que nos cayera, y correr con todos aquellos amigos de la añorada escuela de Don Juan por las calles y callejones de nuestro querido Cerro en busca de alguna higuera, más poderosa que aquella del Monturio (¿te acuerdas?), que pudiera aguantarnos a todos para que la ilusión no se desvaneciera y llegar hasta la alcantarilla grande a esperar los caballos y hasta, a lo mejor, nos subían en el arzón algún familiar o conocido. Aquello era, ya, lo mejor que te podía pasar.

Luego vendrían otra vez los tiempos de las vigiliyas, -nunca la función por el desatino de los exámenes de mayo, porque ¿qué sabían los profesores de Huelva de nuestro anhelo por venir a San Benito?- y te digo que este año, tras treinta de no hacer el camino lo he hecho con la misma sensación de entonces. Hasta le di un pequeño galope a la yegua en los llanos de Las Medianas.

Claro que la presumible madurez que se alcanza con los años no me dejaba ser niño de nuevo. ¡Qué pena!

Amigo Pablo, gracias de corazón, por ser tanto tiempo mi amigo.

Pregón de San Benito, Abad

Buenas noches.

Queridos amigos:
Padre benedictino,
Señor cura párroco, director espiritual de la Hermandad de San Benito,
Excelentísimas autoridades,
Junta de Gobierno,
Cabildos de Hermandades,
Sambeniteros,
Cerreños,
Señoras y señores.

Es para mí un honor poder compartir con todos vosotros esta, cada vez, más mágica noche, que otros ilustres y excelentes pregoneros fueron creando, y me siento, sin vanidad, pero orgullosamente honrado de poder ensalzar en público las excelencias, milagros y virtudes de nuestro Santo Patrón, San Benito Abad, al compás de la imperecedera fe que quiso Dios creciera en este pueblo de El Cerro de Andévalo.

Por ello quiero agradecer a nuestro mayordomo la atención que conmigo ha tenido al pedirme que sea esta noche su pregonero. Gracias, primo Pedro, muchas gracias.

Llevo viviendo un año de sincera y personalísima emoción, con frecuencia compartida con la familia y, en otras ocasiones, con mis amigos de siempre y disfrutando muchos buenos ratos con la conversación de Pepe Chaqueta que rezuma su ser y su sentir “sambenitero”, pensando en este momento, en el que deseo que mi palabra sencilla y humilde sea protegida por San Benito y llegue hasta vuestros corazones, portando la ilusión de pregonar la función de Nuestro Santo Patrón, recordando su culto y la boda, que no es más que el voto, que un día de 1667, hicieron otros hombres y mujeres de El Cerro, para agradecerle su intercesión ante el Altísimo por haberles librado de las calamidades de la guerra que sostenía Castilla con Portugal y por los numerosos milagros que venía obrando San Benito en favor de los cerreños de aquel tiempo.

Empero nuestra hermandad es aún más mas pretérita y los votos no fueron más que una consecuencia, importante, sí, pero fruto de un culto más viejo que hunde sus raíces hasta el siglo XV, y esta noche, porque creo, tras consulta con nuestro párroco Don José Mantero, que es el momento adecuado, quiero invitar a nuestro Prioste, cargo omnipresente en toda la historia de la hermandad, para

que sea él, en representación de tantos y tantos priostes que a la postre conseguían que siguiéramos en pos de la fe del de Nursia, quien os dé a conocer el momento solemne de la aprobación del patronazgo de San Benito.

Rememoración de la aprobación del Voto del Patronazgo de San Benito

Don Benito Márquez, por favor...

En la ciudad de Sevilla, en veintidós días del mes de febrero de 1669 años, el doctor D. Diego Treviño, Provisor y Vicario General de esta ciudad y su arzobispado, habiendo visto estos autos, dijo que por la parte que toca a este tribunal y jurisdicción ordinaria, aprobaba y aprobó la elección de patrono de la dicha villa de El Cerro en el Patriarca Señor San Benito y daba y dio el consentimiento que de derecho se requiere y que trayéndose aprobación de Roma de la Congregación de los Eminentísimos Señores Cardenales o personas a quien toque se proveerá sobre la disposición de la fiesta y rezo y de lo demás que conviniera en este caso. Y así lo proveyó, mandó y firmó. El Doctor Treviño.

¡Viva San Benito!

Somos conscientes de vivir cada año un singularísimo Aviso General, donde el Mayordomo de San Benito, en un gesto único e irrepetible en otros acontecimientos religiosos, pregona, anuncia, e invita a ésta, especialmente, "su" función, mas al compás que estos muros recogían y devolvían, ampliada, la palabra de Dios, que tantos y tantos sacerdotes transmitieron, en la plaza de ahí fuera, como una actividad más del pueblo cerreño, se pregonaban las vivencias de sus gentes.

"En la villa de El Cerro a quince días del mes de junio de 1556 años en presencia de mí, Andrés Pérez, escribano público, de esta dicha villa, y en la plaza pública de ella en faz de mucha gente se remató la venta del diezmo con voz de pregonero...". Dice uno de los numerosos legajos que he tenido la suerte de tener en mis manos.

La vida social de esta incipiente comunidad, allá en los primeros años del lejano siglo XVI, giraba en torno a la comunicación oral del pregonero: avisos, ventas, ayudas, celebraciones...el pregón llegaba a oídos de todos.

Persistieron siempre el pregón y, claro está, el pregonero, siglo tras siglo, año tras año, hasta que perdidos por mor de la modernidad, vuelven, ahora, para cantar, -porque esto que hoy hacemos entiendo que es un canto-, para cantar, digo, la esencia de una fe que nos llegó desde la lejana Nursia, en las alas de la ingente obra evangelizadora de los monjes negros benedictinos.

Extendidos por toda Europa, llegaron a Sevilla en el siglo XIII, protegidos por el rey Fernando III, según nos cuenta Marius Ferotín en 1897, y levantaron una capilla en honor de Santo Domingo de Silos. Muy poco tiempo después, el Rey Sabio les funda un monasterio donde se mantendrán seis siglos.

Por una bula del papa León X, se le devuelve la categoría de abadía que habían perdido a lo largo del tiempo y se descubre que en esta abadía están depositadas las Reglas del Santo Benito. Transcurren los primeros años del s. XVI y Sevilla, ante este conocimiento, se vuelca con los monjes benitos.

Qué cerquita, casi a tiro de piedra, estaban sus mandatos de trabajo y oración, para saber de sudores, de esfuerzos y de filiación divina; de caridad, para buscar la hermandad y la igualdad entre los hombres; de humildad, para enseñarnos a ser fuertes; de silencio, para oír a Dios; de obediencia, para amar; de discreción, para ser justo; de... sin embargo, hemos de saber que antes de este hallazgo, ellos, los monjes de Silos o, si se quiere, la luz de la fe que les precedía, ya habían llegado a nuestro Campo de Andévalo, al campo que más

tarde se conocería como Campo de San Benito, porque fue su ermita, la de San Benito de Andévalo, el centro de actuación de jueces y testigos para delimitar las posesiones de los Conde de Niebla y la ciudad Sevilla.

Los hombres, siempre imbuidos en la lucha por las riquezas terrenas, ellos, los benedictinos, empeñados en la propagación de la fe cristiana.

Hoy, están de nuevo entre nosotros bajo el "amparo amoroso" de su fundador y nuestro patrón, honrándonos sobremanera ser hermanos de la prestigiosa comunidad silense, y la fe "sambenitera" ha querido que un trocito de San Benito esté también aquí y seguro estoy que deseando recibir súplicas para solucionar todo cuanto nuestras pobres fuerzas humanas no son capaces de hacer.

Mi propósito, esta noche, es presentar dos de las dimensiones específicas de esta experiencia religiosa que, aunque distantes entre sí, están inseparablemente unidas: el camino y la ermita. Uno, porque desde pequeño siempre anhelé los viajes (sueño cumplido sobradamente gracias a mi actividad deportiva hasta que nacieron mis hijas, pero sólo atisbado desde la luz de la fe) y otra, porque lugares como Santiago, Monserrat, La Rábida y tantos otros, santificados desde el cristianismo, que se construyeron sobre las ruinas de otros edificios más pretéritos y que amparaban otras creencias, conservando siempre una cualidad excepcional, "única", porque son lugares santos de mundos privados, aunados bajo las mismas creencias, incluso del hombre no religioso, emanan de sus paredes la fuerza del intelecto del hombre que los levantó y nuestra ermita, cobijadora de la "fe sambenitera", consagra, desde su sencillez arquitectónica, el medio circundante para hacerlo cualitativamente diferente: no hay más que respirar su tiempo en soledad o en agradable compañía para sentir esa fe dentro de uno mismo.

De todo cuanto he estudiado y desempolvado de los legajos de los archivos que he trabajado, me pellizcaba la garganta cada documento que ponía delante de mí noticias nuevas sobre San Benito: que si Andrés Pérez era el mayordomo de la ermita en 1600; que si el ermitaño, Juan Francisco Cleto, en ese año, no encendía la lámpara ni de día ni de noche; que si en el XVIII el cabildo nombraba dos mayordomos; que si el Prioste, Alonso Díaz Haldón, guardaba las Reglas de la Cofradía; que si en 1856, se celebra la función en la parroquia; que si pasaron muchos años sin función; que si... ¡y es que son tantos siglos de historia! Pero siempre había un detalle continuamente repetido, un detalle que no ocupaba más de un renglón: *"la ermita dista de la población dos leguas"*.

Distancia que no separa, sino que une dos latidos sincrónicos de la misma fe: fe de un pueblo, que ha de andar en pos de la calle alfombrada y fe que explota, fuerte y dulcemente, a veces en suave e incontenido llanto, pero siempre en silencio, quedamente, en el corazón de cada sambenitero, cuando llega a su ermita.

Distancia que se hace camino, hilo polvoriento con mil significaciones que impregnan todo el ser de quien lo anda, de quien lo palpa, palmo a palmo.

"Yo soy el Camino..." nos dejó dicho Jesús. ¿Por qué andararlo? ¿Cómo andararlo?

En los más lejanos tiempos y hoy mismo, el hombre ha buscado sin cesar nuevos horizontes y para ello necesitó andar y hacer caminos. Caminos geográficos y también caminos espirituales; empero, siempre, o casi siempre unidos, en ósmosis fructífera de culturas, de convivencia social, de fraternización humana.

¿Intuirían los cerreños del voto el valor, la esencia de los caminos, del camino desde El Cerro hasta la ermita de San Benito?

En el norte de España, ya existía el Camino de Santiago, conocido en toda Europa por miles y miles de peregrinos, mas no imaginemos a El Cerro recluso en sus pequeños intereses de comunidad cerrada. No. Porque antes que San Benito fuera nuestro Patrón, ya iban cerreños a estudiar a la Universidad de Salamanca. Se comerciaba con Galicia, a quien por cierto se pagaba un cuantioso tributo por el Voto de Santiago. No arredraban malos tiempos ni sendas agrestes. Se comerciaba con villas y aldeas cercanas y alejadas. Se mantenían pastos comunes con Paterna del Campo. Se pleiteaba en la Chancillería de Granada, contra Niebla y contra la misma Sevilla, por ampliar nuestro término... se viajaba en suma, se andaban caminos.

Caminos que ahondaban pedregales de tanto trasiego diario de los agricultores; que ocupaban melgas de siembras con alpargatas de los mineros; que evadían barrancos las mujeres enlutadas en busca del pequeño haz de leña.

Las algo más de dos leguas quiero suponer, porque no encontré hasta ahora prueba documental, no constituyeron, a priori, idea de camino iniciático; simplemente había que ir "a la función". Sin embargo, el viejo sendero de herradura que se inicia en el callejón de Las Galanas, nombre evocador de la belleza femenina, y que nos lleva hasta la Casa y Santuario de San Benito, guarda en su interior muchas cosas que contarnos. Basta que aprendamos a leer en él.

Hollado centenares de veces, porque cientos son los años, devotos hombres de fe lo recorrieron y recorren, hoy, llenos de esperanzas y con el más

vivo deseo de revivir los más puros sentimientos que provoca en su interior nuestro acervo cultural místico-religioso: *"Aquí de noche, allí de día"*.

Rozando, apenas, la conciencia, el cante y, por ende, la alegría "sambenitera" nos habla de la búsqueda de la luz espiritual: "Allí es de día, allí, en la ermita, y en dos ocasiones". Así que es preciso andar, salir al camino.

Capricho de mayo que funde
agostos en primavera.
Porque a veces un sol fiero ciega los campos.

Primavera de color que traes
la inundación a la era.
Porque otrora el trueno desgarró su llanto.

¡No importa!
En el lejano altozano
tu San Benito espera.

¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vamos!
Es la fe "sambenitera".

La gaita embruja el ambiente
maduran las sementeras.
Dulce suena La Salida
dulce suena de veras.

¡Vámonos, vámonos, vamos!
Es la fe "sambenitera".

El Llano de San Sebastián es espacio muy capaz para acoger a cuantos quieran sumarse al cortejo romero que peregrina. Todos podemos sentir la libertad de la elección, cual si de un importante paso dependiera la experiencia interior que esperas vivir. ¿Quién no apretó los dientes porque no tiene caballo? El año que viene, seguro que... ¿Quién no sintió ganas de saltar a cualquier grupa del caballo de un amigo y levantar la mano para decir adiós a quienes se quedan? ¿Quién no sintió ganas? ¿Influyó en este sentimiento el dulce toque de La Salida que tan fuerte y emotivamente te invita a seguir su son? Muchas y diferentes son las maneras por las que somos invitados a participar de la presencia de Dios. ¿Cuál es mejor que la música de la que los cerreños han dado sobradas muestras de maestría? Ahí están su fandango, su pasodoble, los cantes casi olvidados de la era, los cantes del camino...

Tras El Llano, la Cruz de San Benito, señala, desde 1690, nada menos, la senda que puede llevarte, si te dejas guiar, a la generosidad compartida en el viaje hasta la ermita y en el viaje de los viajes. Un padre nuestro y adelante... pero alguien de un grupo de amigos que hace el Camino un día cualquiera queda atrás: lleva los pies arrebujados en dos gruesas medias, ha de ir descalza hasta la ermita y, sentada al pie de esta Cruz, llora porque siente que no puede andar más y no ha hecho más que salir al camino.

-¡Bueno mujer, no llores, vuélvete.

-¡San Benito, hijo mío! Fue su respuesta. ¡Qué respuesta tan cerreña!

-¡San Benito, hijo mío..!

Camino de la rivera ya no se acuerda de sus pies doloridos.

En El Mesto -nombre que recuerda a un árbol parecido a una encina- tiene lugar la parada de preparación de las joyas de las jamugueras y mayordoma. Se revisan las cinchas y se aprietan, y adelante otra vez.

De la misma manera, también se ajusta el alma para interiorizar nuestros propios caminos. Nos arrebujamos en la fe y a soñar con la llegada.

El camino viejo de la Cuesta de Giraldo ya no es transitable aunque todavía puede verse su empedrado entre la maleza. Las faldas sur de los montes de El Púlpito y la Cerca Alta ven pasar el cortejo que deja atrás a El Regente.

En el pino de la Rivera Chica ya no espera nadie. Quizá, todavía en sus sueños, Blasero ande recogiendo el último puesto de fresco que allí se instaló y junto al cercano olivo de la cuerna nos vean los viejos sambeniteros, iluminados desde hoy con una preciosa cruz, mientras presencian, que al regreso, aquí mismo, tendrá lugar el intercambio de una cuerna simbólica de alegría espiritual.

Las fuentes de Los Helechos y de la Madroñosa apagaron, quizá, muchas veces la sed del peregrino.

Las Medianas están próximas. El descanso se apetece, como en todos los caminos. Es necesario reponer fuerzas para continuar. ¿Un poco de tabefe?

Quiero creer que en otro tiempo lejano este descanso se hacía al amparo de la desaparecida Cruz de Las Medianas. Su más que probable ubicación está, también, llena de símbolos. Desde el Puerto de la Cruz, puede verse El Cerro y su iglesia de “Sta. M^a de Gracia”, tras la Cruz de San Benito, luego, cuanto se le da la espalda a esta Cruz de Las Medianas y se enfila de nuevo el camino, hasta que no se corona la Cuesta de Los Santos no podremos verlos otra vez. Pareciera como si el lugar mismo nos invitara a recordar de dónde venimos, de dónde procedemos, quiénes somos y hacia dónde vamos caminando. Signa, pues, esta Cruz, nuestro origen; marca nuestra conciencia de cerreños; nos hace

presente nuestra fe de “sambeniteros” y nos alienta y empuja en suave pendiente, ladera abajo, para no perder el horizonte de nuestra andadura.

Unas cañadas cerradas por redondeadas colinas y pequeñas lomas van quedando atrás hasta la llegada de otro hermoso símbolo: La Rivera Grande. El horizonte está siempre muy cercano. El campo abruma y cierra la libertad de conciencia, preparando, quizás, el trasunto de una purificación.

Siempre fue el paso a la otra orilla el signo identificador de otra vida. ¡La otra orilla! El agua que lava y purifica las conciencias, que borra el primero de los pecados y que, bendecida, marca la frente del cristiano. A veces, va muy crecido el nivel de sus aguas. Alguien cae a ella, pero cerca está, siempre, la adelfa salvadora.

¡Que agradable sonido produce la rotura, hoy amarilla, de sus aguas, en otro tiempo espejo de cielo azul, salpicada en mil pedazos de estrellas blancas que se reparten, con regocijo, los peregrinos!

Pasada de San Benito, presenciando vivencias siempre gozosas entre bromas y alegría porque el camino es alegre, siempre. Don Clemente Serna, Abad de Silos, nos lo recordó, en su visita pasada. “*Queridos amigos, -nos dijo- vivid la fe “sambenitera” con alegría*”. Y el camino de seguimiento a Cristo, por su misma naturaleza, debe serlo también. Basta con contemplar la abnegación y dedicación a los cerreños de nuestras Hermanas de la Cruz, porque da igual que se llamen Sagrados Corazones o Lucía, o M^a Angelines o Elisa M^a, porque todas son nuestras, con su omnipresente y suavísima sonrisa de paz interior. Son, en la mitad de su silencio, cuando recorren las calles de El Cerro, una suave brasa incandescente de luz que irradia fuertemente una poderosa fe capaz de contagiar y prender su fuego a nada que les toques. ¡Qué delicia infantil correr a besar su crucifijo!

Tras la rivera, el camino se ha hecho más fácil y los campos más alegres. La encina mitológica lo llena todo. La primavera ha hecho germinar los campos y están en flor. Un intento del hombre, con la siembra inoportuna de foresta inadecuada, rompe esta belleza.

Tras este torpe trabajo de agotamiento del suelo, nos espera el preludio de la conquista de la luz: la Cuesta de los Santos.

No conocemos, ni importa ahora, el origen de este antropónimo, pero bendito nombre y bendito quien se lo puso.

Supone este trozo de camino la última mortificación del peregrino, mas desde arriba, sorpresivamente, pequeña en la distancia, entre las puntas de las jaras, puede verse la ermita y esta súbita contemplación estremece, zamarrea y sacude la conciencia y nos hace olvidar el cansancio y vuelve a alegrarnos el alma.

Siempre suena un cohete. El saludo cortés se mezcla con el gozo incontenido de quien supera la corta, pero dura pendiente, en otro tiempo más difícil de subir. Pareciera que el coro de los hombres ya bendecidos en el cielo bajaran para dar el último empujón que nos permita llegar.

Van quedando atrás la encina de la toca, Montelucas... muchos lugares que saben de miles de anécdotas. Y arriba en lo alto la visión de la promesa: El Santuario.

El ampo de la cal de la ermita te saluda invitándote a avivar el paso. Pueden usarse otros caminos, -aquellos de los peregrinos perdidos y los señalados en los mapas antiguos- y la geografía que hemos recorrido lo permite, sin otros alardes que saber buscar las veredas y vericuetos que te lleven a la ermita, mas ninguno encierra en sí mismo tanta similitud con la ruta de cualquier saber iniciático.

¿Tendrá algo que ver este embrujo sutil con la intencionalidad repetida, esta misma vigilia, cuando nuestro muñidor se empeñaba en transitar por el camino de siglos cuando la comitiva se desviaba sólo unos pasos por mor del reciente acondicionamiento?

¿Qué influjo sostiene esta aparente nadería?

¿Qué halo invisible serpea y envuelve las intenciones de tantos devotos que se empeñan en conservar, desde su conocimiento, cada trozo, cada pisada, cada huella, de esta larga distancia?

La cañada de El Cerro, el pozo siempre al lado y las vueltas de rigor a la ermita, antes de entrar en ella, primero a dar gracias y luego... a esperar bendiciones.

El suave rojo poniente
declina bajo la tarde,
el tamboril suena quedo
una mecha corta arde.

¡Ya vienen! ¡Mira! ¡Ya vienen!
Callan todas las voces.
Por la cañada vienen,
quienes traen todo el goce.

Devociones encogidas
al cielo subirán.
Mineros y campesinos
viejo rito cumplirán.

La ermita blanca espera
una oración de piedad.
Gentes de recio pueblo
nos mostrarán su verdad.

Se nos antoja todo el camino de San Benito, por ventura, un todo aglutinante a modo de vía redentora que va proporcionándonos con su estela, su paisaje y sus símbolos la posibilidad de renacer y dejarnos sumergir pasivamente en el regazo de Dios. Podría criticársenos el exagerado paralelismo, cuando en verdad se puede negar cuanto acabamos de sugerir, pero ahora nos importa poco la opinión del incrédulo. Ahora queremos gozar íntimamente de la satisfacción que comporta recorrer, conociéndolo, este viejo camino de esperanzas. Es más, la historia nos da el refrendo del uso que los padres de nuestros padres hicieron de él.

Andarlo sin presteza, recreándose en cada pisada, en cada horizonte, palpar palmo a palmo sus esencias es cruzar una y mil veces, como alegoría de sabiduría, el hilo tenue, pero fiel, que conduce a la paz espiritual y por consiguiente a la presencia de Dios.

Por su conocimiento se podrá llegar a la ósmosis de la fe sambenitera con la antorcha que trajeron encendida los monjes herederos de Nursia para predicar que con el rezo y el trabajo se puede vivir más cerca de Dios.

Tanta interpretación debe de tener un antecedente que la demuestre o, al menos, la justifique y la historia nos devuelve el conocimiento perdido del que vuelves, como si el tiempo no existiera, a prenderte y a apropiarte de él.

Nuestros cerreños de siempre habían obtenido, junto a la creación de la Hermandad de San Benito, allá en el lejano siglo XVI, un ansiado jubileo, es decir, la gracia plena que troca en alegría la pena por haber pecado, una vez que ha sido borrado por la confesión. ¡Qué torpe veníamos siendo!

Como siempre, el hombre tiene ante sí la misma esencia de las cosas y no las ve con los ojos del cuerpo, mas, año tras año, siglo tras siglo, siempre se mantuvo la alegría del camino; porque alegría es el significado del jubileo: júbilo de limpieza de espíritu que culmina el proceso de preparación iniciática del Camino de San Benito.

Camino que hay que vivirlo en tiempo de penitencia porque el júbilo se alcanzaba y se alcanza hoy, porque que sepamos solo estuvo olvidado, en la Vigilia del veintiuno de marzo, tras la pertinente confesión en la ermita.

Camino que se repite en tiempo florido, empero esta vez con nuestras mejores galas, con exhibición de color, ropas, atuendos, procesión y profesión de fe que no hemos de abandonar, sino, al contrario, multiplicar la fuerza de la

tradición con los usos y costumbres ancestrales que nos muestran los trajes de antigua, para quienes no tienen la suerte de ir “de jamugueras”, de exquisitos pechopetrales, de bellos mosqueros, de coloristas mantas de estribos y de tantos y tantos otros elementos.

Camino, que fue lleno de vida, de feraces sementeras, de campesinos que al compás de su trabajo se asomaban a él para unirse a su andadura junto a los montesinos de sacrificio permanente, de olvidada Aldea del Castillejo, que un día cambiaron para ahijarse con su nombre a San Benito. Montesinos de San Benito. ¡Qué cerreños más afortunados!

Camino que termina en la blanca ermita, cobijo del Santo y de la devoción sambenitera.

¡Cuántos siglos de vivencias
tu proyección alcanza!
Los Mármoles son testigos
de tu visión centenaria.

Los cerreños te querían
más alto y más arriba,
en el romo altozano,
tal vez ruido alfayat
o quizás puerto romano.

Mas que importa eso ahora. Sólo queremos ser dignos de entrar en las entrañas de tu historia, amanecer junto a ti, paladear tu lugar santo y ver cómo duerme la tarde en tu regazo.

Como prodigio de amparo permanente y columna de misterio bendita, me permitió descubrir la posibilidad de la tristeza del hombre, cuando en los ya lejanos sesenta la peste porcina asolaba sus campos y mi corazón de niño no entendía ese llanto; pero la vigilia de alegría, el blancor de primavera y en cualquier sima del tiempo, de sueños acogedora, nos muestra el sincretismo benedictino justificado en el estudio y la influencia de los lugares sagrados de los que acostumbraban a tomar posesión.

Nada he encontrado de su estancia entre sus muros, solo la tradición oral habla de celdas, de estancias reducidas, de habitaciones pequeñas, mas quede aquí su recuerdo...

De disimetría,
de portales de fresca espera,
de miradas a poniente,
de cruces de Casas Viejas,

de templarios octogonales,
de ruinas añejas...

Carbones encendidos
en otros lugares se pisan,
aquí se besa un leño
de encina en ascuas prendido
de fe “sambenitera”.

Lugar tan diferente, singular y único nos muestra, apenas sepamos mirar, riquísimas conductas antropológicas que van llenando de vida su espacio físico y espiritual como reposo final, primero, y, después, como proyección hacia lo alto de la capacidad de amar, de crear, de sufrir, de perdonar y, en suma, de vivir, que el alma del hombre es capaz de alcanzar.

Daños en sementeras causados por el ganado de su feria, obras y más obras de reparación en su fábrica, pozo, horno, patio de caballos y ¿toros que corren en su coso de piedra?

Cabestreros de polvo y sudor
llevan mulos de acero.
Mansos borricos de plata
llevan al tamborilero...

Tres vueltas de lazo al Real
anudan y apiñan la hermandad.

Bailes antiguos de espadas,
fandangos de joven cuna,
folías de jamugueras,
abarrotan la mañana.

Reses, cera, trigo y miel
regalos que el mayordomo,
en otro tiempo de la ermita,
ahora de la función, espera.

Ritos de buena comida,
con amor de guisadoras.

Priostes incansables
que por la tradición velan...

Y a los ermitaños de estirpe que con su vida responden, cuidan y guardan a San Benito les ruego que me permitan, a través de ellos, enviar dos besos esta noche, uno para quien me llevó de pequeño y otro para una preciosa y fugaz jamuguera.

¡Viva San Benito!